



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

MARÍA GONZÁLEZ



Es hermosa como un sol,
y canta de tal manera
que ante ella, no hay español
que no ame la unión ibera.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Todo es uno y lo mismo, por Ángel R. Chaves.—Parece imposible, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clara.—La vocación, por José López Silva.—El fargón, por Simoes Delgado.—Serés desgraciados, por Constantino Gil.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: María González, por Cilla.—Jeroglífico, por Menéndez.—Amabilidad, por Cilla.



Hemos tenido la dicha de estrenar alcalde, y con este motivo se han desatado en elogios entusiastas los periódicos que defienden la política ministerial.

Sólo ha faltado que dijera alguno:

—El nuevo alcalde es persona atenta, de buenos sentimientos y blanca como la leche. Conoce varias lenguas vivas y tiene un terno azul con trencilla, que ha llamado la atención este año en Cangas de Tineo. Se propone mejorar la situación del vecindario, y particularmente la de los profesores de bandurria, á quienes aprecia desde su edad más temprana. Además, tiene un proyecto para fomentar el arbolado y otro para conservar la merluza y los gabanés. El pueblo de Madrid está de enhorabuena...

Cuando los periodistas nos dedicamos á dar bombo, somos atroces.

Viene el director y nos dice:

—Hombre, Fulanito! Á ver cómo hace usted un suelto elogioso á Regordete.

—¿Quién es Regordete?

—El nuevo gobernador de Guadalajara.

—No le conozco.

—Tampoco yo, pero es primo de D.^a Protasia, la casera, y hay que jalearlo. Diga usted que es un modelo de padres de familia y que hizo toda la campaña de Cuba.

—¿Como militar?

—No, como perfumista. Durante la guerra despachaba agua de colonia entre los guerrilleros.

Todo es que se nos ponga en la cabeza alabar á alguno. Hay hombre que en toda su vida no ha hecho más que tocar la guitarra, ó limpiarse la ropa, ó hacer el amor á las costureras, y, sin embargo, ha salido en los periódicos en clase de persona notable, merced á la buena voluntad de un periodista amigo.

Esto no quiere decir que el nuevo alcalde no sea un hombre superior, plagado de merecimientos y henchido de ciencia.

Pero nosotros no le conocemos más que para servirle.

San Pedro.... San Pedro....

¿Como no sea uno alto, rubio, con lentes, que se pasó la última temporada persiguiendo á Mario para leerle una comedia, y por fin se la leyó, de pie, detrás de una puerta, y Mario no se pudo contener y le echó las manos al cuello...

Pero aquél no tenía hechuras de alcalde ni de nada superior. Más bien parecía un sacerdote convaleciente de la viruela.

En fin, ignoramos quién podrá ser ese San Pedro que ahora figura al frente del municipio.

Alguno habrá, sin embargo, á quien haya venido de perilla el nombramiento.

Ya nos figuramos oír á los de Ruboroso, verbigracia, que dicen alegremente:

—Mamá, ¿sabes á quién han hecho alcalde? Á San Pedro.

—¿Qué San Pedro? ¿El que negó tres veces á Nuestro Señor Jesucristo?

—No, mamá: San Pedro el diputado.

—¿Y cómo ha sido eso?

—¿Vaya usted á saber!

—Pues estamos de enhorabuena. Anda, llama á tu padre para que le escriba felicitándole, y á ver si se nos ocurre algo para pedirselo, antes de que se comprometa con otras personas.

—Podríamos pedirle una plaza de concejal para Pepito.

—No me hables de él. ¿Cómo quieres que sea concejal un hombre á quien no le paran los alimentos en el estómago? Acuérdate del susto que nos dió el día que le convidamos.

—¿Pobrecillo! Bastante trabajo tiene.

—Parece mentira que no hayas roto vuestras relaciones.

—Porque es muy bueno y muy limpio.

—Sí, pero no hace más que comer y le entra el sopor. Un hombre así no puede desempeñar ningún cargo público. ¿Sabes lo que pienso? Que podrían colocarle en consumos, como al chico de las de Palomeque, que tenía la casa llena de todo, y en cuanto se les acababa el jamón, ya les estaban mandando otro.

En aquel momento entra en la sala el Sr. Ruboroso y sabe con júbilo que San Pedro ha sido nombrado alcalde.

—Hombre, me alegro!—exclama.—Voy á felicitarle personalmente.... Á ver, tú, Purita, tráeme un poco de agua templada, que me quiero lavar el pescuezo. Sácame la levita y los tirantes bordados.

—¿Se acordará de tí?

—¿Quién? ¿San Pedro? ¿Pues no faltaría más! Aún no hace ocho días que me encontré en la calle del Bonetillo y estuvo hablándome de un dolor que tenía en el vientre, y yo le dije que se pusiera un parche de almidón alcanforado.... ¿Poco que me lo agradeció el hombre!... ¿Si somos muy amigos!

—Ya lo sé, pero muchas veces los amigos cambian al elevarse.

—¿Qué le pediríamos?

—Pídele, por de pronto, una plaza de macero para el chico de la lavandera, que está inútil de medio cuerpo arriba.

—Sí, pero no podrá sostener la maza.

—Es verdad. Pues entonces pídesela para el aguador, que es digno de cualquier cosa.

Los de Ruboroso se entregan á todo género de fantasías desde que saben que está San Pedro en la cúspide, y se las prometen muy felices.

Ahora sólo falta que cuando lleguen á formular sus peticiones, les diga el propio San Pedro:

—¿Á buena hora vienen ustedes!

—¿Por qué?

—Porque ya no soy nada.

—¿No?

—No, señor: ahora los alcaldes duramos cinco días todo lo más.

—¿Hay paste?

—Sí, señor; hay una especie de moquillo municipal.

¿Creían ustedes que nos íbamos á pasar la semana sin el correspondiente choque de trenes?

Pues no, señor; ha habido uno muy hermoso en la línea de Cáceres, del que resultaron heridos y contusos varios viajeros.

Ahora se esperan otros en diferentes líneas, y es de suponer que también ocurran desgracias, porque un choque sin víctimas no parece bien.

Pronto empezarán los choques de tranvías y simones, hasta que acabemos por chocar los transeuntes unos con otros, y poco á poco se irá deteriorando la humanidad.

Hoy nos romperemos una pierna, mañana un brazo, y así sucesivamente.

—¡Adiós, Celedonio!

—¡Hola, Venancito!

—¿Qué has hecho de la pariz?

—Se me ha caído.

—¿De alguna enfermedad?

—No, de un choque con un transeunte en la calle de la Montera. ¿Y tú?

—Pues yo perdí el brazo derecho en la plaza de Lavapiés, á consecuencia de otro choque con una chula.

—¿Has chocado al pasar?

—No, me lo rompió su marido, de un estacazo.

Hay choques y choques. Los de las calles pueden eludirse con la prudencia y la honestidad; pero los de nuestros ferrocarriles no se evitan tan fácilmente.

Sólo si el Gobierno nos hiciese el favor de tendernos su mano generosa.

Que no nos la tenderá.

LUIS TABOADA.

TODO ES UNO Y LO MISMO

No con el castor con pluma
derribado hasta la ceja,
ni de la espada de ganchos
la mano en el pomo puesta;
no de guza berberisca
haciendo gemir las cuerdas
para enderezarte en culto
enrevesadas endechas;

no obligándote á que tomes
un constipado en la reja
para decirte que partes
las avellanas con perlas;
no, en fin, llamándote Filis,
Anarda ni Galatea,
cuando tu fe de bautismo
te da por nombre Ruperta,
me tienes ante tu casa
lo menos hace hora y media,
esperando que á tu tía
el pesado sueño venga.

De sobra sé, dulce dueño,
que mirarme te molesta
de americana en verano,
de gaban si el frío aprieta.

Ya sé que preferirías
verme con calzas y espuelas,
con mi ropilla de rizo
acuchillada de seda;

con valona cariñana
de polvos de azul cubierta
y con cabestrillo de oro,
sostén de un joyel de piedras.

Sé que más me estimarías
si hasta tu balcón viniera
rigiendo arrogante brato
arrendado á la ginetá.

Y que no te pesaría
que en prueba de mi fineza,
de otro galán en la sangre
tinta mostrara la negra.

Mas ¡ay! si he de hablarte en plata,
mi idolatrada Ruperta,
esas cosas ya pasaron
y es posible que no vuelvan.

Tú misma te chocarías
con guardainfante y pollerá,
zapatos de verdugado
y en manto de humos envuelta.

¿Y qué mucho que en la calle
con vayas y cantaletas
te acosaran los muchachos,
como á Gigantilla en feria,
si yo, con amarte tanto,
no respondo que te viera
con seriedad ir á misa
entre rodrigón y dacha?

Yo, como tú, enamorado
estuve de aquellas épocas
de lances y cuchilladas,
de encrucijadas y rejas;
pero al ir examinando
con estudio y con paciencia
aquellos tiernos galanes
y aquellas puras doncellas,
mal que pese á la poesía,
he sacado en consecuencia
que, si ha cambiado la forma,
lo mismo en el fondo queda.

Y ahora, si quieres, mi vida,
de estas verdades la prueba,
si tu tía cogió el sueño,
abre con tiento la puerta,
y sin pasar por Medoro,
te juro por Dios que pueda
dar pábulo á cien romances
contar las locuras nuestras.

Estas sesudas razones
dijo un mancebo de cuenta,
graduado en los billares
y doctor en las rucetas.

Y aunque, al decir de la fama,
no hubo allí tocada dacha
que en aquel lance de amores
oficiara de tercera,

sin ayes ni serenatas,
flores ni escalas de seda,
se oyó girar una llave,
sola quedó la calleja,
y al compás de los ronquidos
de la tía de Ruperta,
pasó... lo que en muchas obras
de Tirso ó Lope de Vega.

ANGEL R. CHAVES.

¡PARECE IMPOSIBLE!

—¿Qué tal, Encarnación?

—Muy bien, Pepita.

—¿De dónde viene usted?

—De una visita;

de ver al viudo de la pobre Hilaria,
de aquella amiga nuestra
que murió hace dos años en Gaetaria.

—¿Murió Hilaria?

—Sí, tal.

—Lo siento mucho.

—¿Y de qué falleció la pobrecilla?

—De un vicio que tomó siendo chiquilla.

—¿De un vicio? Cuente usted, que atento escucho.

—Yo creía imposible que existiera
quien el vicio tuviera

de comer á hurtadillas de las gentes,
cual si fueran manjares excelentes,
trapos, yeso, madera,
visco, suela, papel y otras mil cosas
nocivas y asquerosas.

Pero supe que Hilaria lo tenía
desde su tierna infancia,
y, sin poderlo remediar, comía
pedazos de madera en abundancia.
¿Cuántas veces don Roque, su marido,
viviendo en Cataluña,
la cogió, por descuido,
mascando con deleite alguna cañal
¿Cuántas veces Ruperta,
su criada, la halló en el gabinete
zampándose un carrito
ó pegando mordiscos á la puerta!

En fin—¡qué más!—el veintitrés de Enero
se comió la mitad del fregadero....

—Y tamaño destrozo en la madera,

¿cómo no lo evitó mi buen don Roque?

—Porque él, según infiero,
también que su mujer se le comiera.

¿Como era un *alcornoque*!...

—¡Pobre Hilaria!

—¿Qué amiga tan decente!

—¿Y murió de un asiento?

—Justamente,

de un asiento de un banco
que, pintado de blanco,
se hallaba en su jardín junto á la fuente.
Los bancos de jardín son indigestos,
la precaución de la infeliz fué poca,
y murió, sin querer, haciendo gestos
y arrojando virutas por la boca.

—¿Virutas dice usted? ¿Pues quién andará
dentro del cuerpo de la pobre Hilaria
que en hacer las virutas se entretuvo?

—¿Tal vez la solitaria!

—Me deja usted absorta, amiga mía.

—¿Al sepulcro bajó y hoy se la llora!

—Y diga usted, bajo la losa fría,

¿no se comió la caja?

—No, señora.

Se la quiso comer, pero no pudo.

¿Tenía la madera tanto nudo!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

PALIQUE (1)

El ilustre literato D. Federico Balart que, en buen hora, vuelve al activo servicio de la crítica, infuido por sus nuevas tendencias cuasi-místicas que tan bien parecen en sus hermosísimos versos, y acaso no le sean tan útiles en sus trabajos críticos, digo que el simpático y noble escritor *ha descubierta* un poeta nuevo, el Sr. D. Ricardo Gil, autor del libro titulado *De los quince á los treinta*.

El Sr. Balart asegura que nadie ha hablado al público de este poeta hasta ahora. Si lo que quiere decir es que ningún crítico de importancia ha escrito nada de las poesías del Sr. Gil, tiene razón el eximio crítico; pero si valiera, que no vale, contarme á mí por alguien, entonces habría que reconocer que no era tan absoluto el silencio á que el Sr. Balart se refiere. Hace un lustro lo menos tuve el honor de recibir el tomo de poesías titulado *De los quince á los treinta*, me interesó desde luego la introducción, leí varias de aquellas poesías, y me apresuré á escribir al autor, no recuerdo si contestando á una carta suya ó á la dedicatoria del libro; y aunque es claro que no tengo presente el texto de mi felicitación al Sr. Gil, sí recuerdo que le animaba á seguir trabajando, con cierto entusiasmo, aunque no tanto como el que muestra el Sr. Balart. Ignoro si el Sr. Gil recibió mi carta; estoy seguro de haberla escrito. Y también sé que en más de una ocasión en mis artículos aludí al poeta nuevo en son de elogio, aunque sólo señalando en él una esperanza y algo superior, desde luego, á lo que se me quería hacer tragar como excelente. ¿En dónde dije yo todo eso? ¿Sabe Dios! Escribo en docenas de periódicos, no conservo casi ningún artículo, y me es imposible señalar el lugar en que existe lo que digo. Pero estoy seguro de que el Sr. Balart me creará bajo mi palabra. También me creará si añado que su artículo acerca del Sr. Gil ha venido á sorprenderme en un estudio acerca de la lírica contemporánea, en que al hablar un poco, muy poco, de la juventud española en este respecto, cito al Sr. Gil entre los que ciertamente hacen pensar en la posibilidad de que el Parnaso español se restaure.

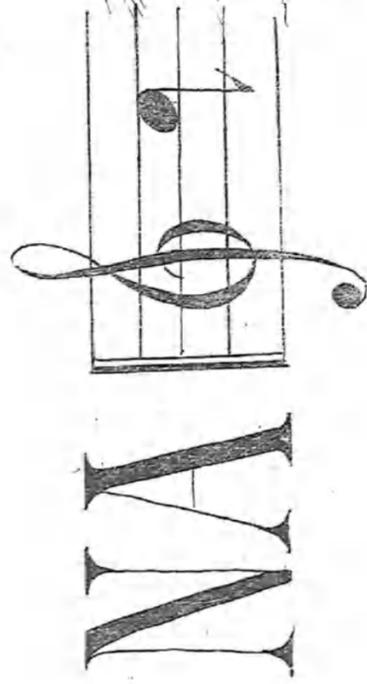
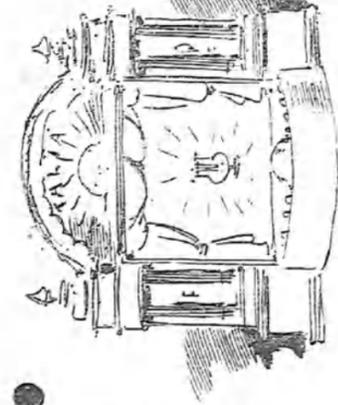
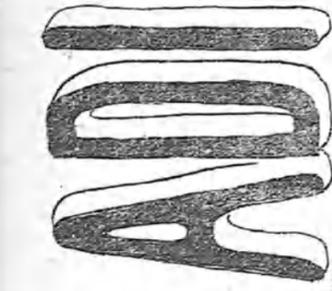
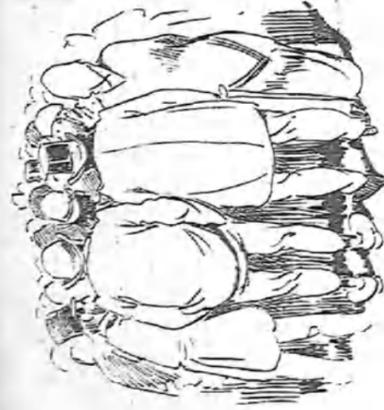
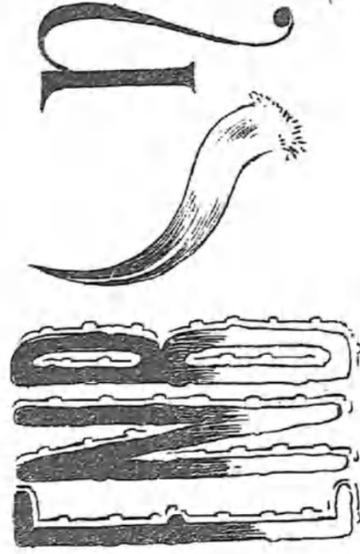
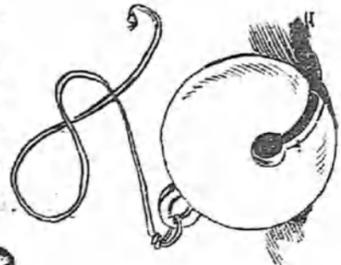
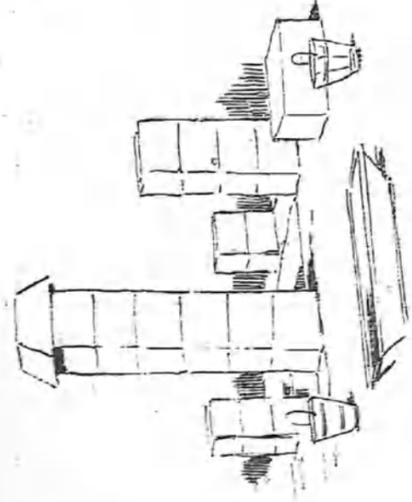
Nada de esto lo digo para llamar la atención y darme tono y aires de precursor, sino en beneficio del Sr. Gil, por si un átomo, á lo menos, pudiera pesar mi opinión favorable. Es verdad, y lo confieso ingenuamente, que si no pequé de omisión, sí pequé de olvido, de pereza, por no insistir en recordar la buena impresión que me había causado *De los quince á los treinta*. Si Armandó Palacio, una de las pocas personas con quien verbalmente pude tratar de estos asuntos, tuviera una memoria que le falta por completo para lo que no le importa muchísimo, podría servirme de testigo; pues puedo jurar que no hace mucho tiempo, al quejarme él de la carencia absoluta de poetas jóvenes en la España del día, yo le contestaba:

—Pues, mira: Rueda, sobre todo á juzgar por el libro inédito á que debo poner un prólogo, vale algo, ó mejor podría valerlo; y hace tiempo recibí yo unos versos de un tal Gil en los que había gran sinceridad, que es cosa muy nueva aquí, algo de idea, y á veces forma adecuada, aunque no original ni reveladora de la revolución rítmica que tanto necesitamos.

También el Sr. Vidart, uno de los hombres discretos é instruidos que toman con más seriedad los asuntos literarios, leyó

(1) En el prólogo *supra* se detallará brevemente de la última novela de D.ª Emilia Pardo Bazán.

JEROGLÍFICO



(PARA LOS AFICIONADOS A ESTA CLASE DE BROMAS)

(La solución en el número próximo.)

con gusto, y se fijó singularmente en ellos, los versos del señor Gil. Pero Vidart confiesa que calló... por modestia.

De modo que... ya somos tres.

Pero... por lo que toca al más insignificante de los votos, al mío, declaro que lo formulé particular. El Sr. Balart toma estas cosas un poco *grasso modo*, y lo que es muy bueno para sacar de la oscuridad un nombre que merece más luz que tantos otros untados con un fósforo que ellos no sudan; lo que es muy á propósito para dar fama bien merecida al Sr. Gil... no sirve en rigorosa crítica para fundar un juicio exacto. Claro está que, desde el momento en que se considera poetas buenos á Velarde, Grillo, Ferrari, etc., etc., y así parece que piensa el Sr. Balart, es de absoluta justicia reconocer las dotes del Sr. Gil que, en mi opinión, vale más que todos esos señores juntos.

Pero... la poesía, ¡oh, la poesía!... ¡Está tan alta, tan alta!... En fin, ya se hablará largo y tendido del Sr. Gil, que bien lo merece, aunque no se le tenga por un genio.

Y para que el Sr. Balart no diga que le escatimo los poetas... voy á presentarle yo otro *nuevo*, al cual él, más injusto que todos, á pesar de conocerle y comprenderle, jamás ha dedicado ni una palabra de alabanza. Es un poeta á quien tengo en estudio hace tiempo, que entre otras cosas muy buenas ha escrito un soneto digno del Dante y de los mejores poetas *tracentistas*... de ahora. ¿Que cómo se llama?

Pues se llama... D. Federico Balart.

CLARÍN.

LA VOCACIÓN

—¿Se *pue* pasar?

—Adelante.

—Muy buenas noches, don Luis.

—¿Qué desea usted?

—Yo soy Gorgonio Sánchez Guarrín, y estoy desde el mes *pasao* estudiando *pa arbuñil*.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues *na*, que sé que *tú* está mucho magán y vengo á que me aconseje, porque no quiero seguir cargando mbos de yeso como si fuera na rocin.

—Hace usted bien.

—Sí, señor; yo me encuentro más cerril *ca día*, y eso está feo en un hijo de Madrid bien *vluca*. Además, *me se* ha pucstó en la nariz, hace ya tiempo, que no me llama Dios por ahí.

—¿Y á qué va usted á dedicarse?

—Pues yo quisiera escribir *pa el teatro*.

—¿Qué atrocidad!

—¿Está usted en su juicio?

—Sí.

—Pero, hombre, ¿cómo demonios se le ha podido ocurrir tal cosa?

—Pues verá usted: el *tierno pasao* fui una noche á la Zarzuela con el señor Agustín, el sobrestante, y con otro que ha sido guardia civil, y *acharon* una comedia que nos hizo *de reir* las tripas.

—¿Cuál?

—Los «Tres tristes trogloditas».

—¿Hombre, sí, muy graciosa!

—Pues señor, que al verla dije: Guarrín, ahí estás en tu terreno, porque aunque soy *arbuñil*, ¿quién me dice que no puedo hacer una cosa así?

—¿No le *paeez* á usted?

—Gorgonio, es usted un calabacín de los grandes, ó le falta algún tornillo de aquí.

—¿No hay que *anzarse* por eso?

—¿Usted supone, infeliz, que eso se encuentra al alcance de cualquier chisgarabís sin educación ni nada?

—Piensa usted que es escribir lo mismo que trasegar espuelas de baldosín, y que viene á ser la pluma una azada ó cosa así?

—Lo que yo quiero es dejar el oficio de *arbuñil*, porque dan poco y se mata uno con aquel trajín.

—Pues hágase usted churrero, ponga por caso.

—Don Luis, y si yo me meto á crítico, ¿qué diría usted?

—Eso sí; para crítico no digo que no pueda usted servir.

—¿Conoce usted á los *Goncouré*?

—No, señor.

—¿Maló!

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque hay que citarlos amenado, pero en fin....

—¿Ay qué gracia! Eso no importa: yo los citaré, don Luis.

—Está bien. Y de vergüenza, ¿cómo andamos?

—Pues... así nada más.

—¿Perfectamente!

—Eso nos puede servir de mucho.

—Le *usóbrto* á usted que me sé á Pérez Escrich de memoria.

—¿Superior!

—Además....

—¿Basta, Guarrín!

—Tiene usted lo necesario para *asombrar* al país. Lávese usted el pie derecho en seguida, y ¡á escribir!

—¿Qué diantre! Para empezar hable usted mal de Perrín y Palacios, que este asunto puede dar mucho de sí, porque nadie lo ha tocado y es de actualidad.

—Don Luis, ¿es usted mi *papa*?

—Bueno.

—Vaya usted con Dios, Guarrín.

J. LÓPEZ SILVA.

EL FURGON

Iban veintiocho muertos en el carro del hospital, revueltos y desnudos, carne medio podrida, que á la fosa desde su lodazal mandaba el mundo.

Cruzado por los baches del camino se agitaba la carga á cada tembo y, con los choques, el montón quedaba cada vez más informe y más confuso.

De todo había allí: pobres ancianos por quienes nadie vestirá de luto, porque dieron sus hijos á la patria y se quedaron ellos sin ninguno; infelices mujeres que en la feria vendieron el amor por un meadrugo y hallaron, en la fuerza de la vida, veneno en el placer, muerte en el gusto, y obreros que cayeron en la lucha con el aire letal de su tugurio, y niños que murieron sin que nadie acercara los labios á los suyos....

Paró en el cementerio el carricoche; el capellán les dedicó un murmullo y echó una bendición, de mala gana, que serviría para todos juntos.

Los obreros que habían de enterrarles se acercaron corriendo y en tumulto y abrieron á la per las portezuelas del armatoste fétido y oscuro.

Tuvo aquello que ver. Hubo blasfemias, maldiciones y votos como paños.

—¿Qué les pasa? ¿Qué es eso? (dije al cura.)

—¿Que les insultan porque vienen muchos!

SINESIO DELGADO.

SERES DESGRACIADOS

A lo mejor se los encuentra uno al volver una esquina y le dicen con voz cavernosa:

—¿No me conoce usted?

—No, señor.

—Soy Dobladillo.

—No recuerdo.

—Dobladillo y Pérez.

—Pues... tampoco.

—¿No ha estado usted en Gobernación?

—Sí, señor.

—Pues allí... sino que yo soy muy desgraciado y nadie se acuerda de mí.

—Hombre, yo me alegraría acordarme, pero por más que hago....

—Soy cesante desde el 74, y gracias que se me murieron mi mujer y mi suegra, que si no, hubiera tenido que ir comiéndome las poco á poco para ir pasando.

—Crea usted que lo siento mucho.

—Mire usted, á mí todo me sale mal. Yo estuve una temporada de cojo en la calle del Gato, y... ¡maldad! había días que no me podía tener en pie.

—Naturalmente, si estaba usted de cojo....

—No es eso, de la necesidad.

—¿Ah!

—Luego me trasladé á Cuenca, en clase de fenómeno asiático, pintado de verde y amarillo por un paisano mío, que ahora está en Roma retratando al Papa.

—¿Y qué tal en Cuenca?

—Mal también. Fui con cuatro chicos que habían estado conmigo en Gobernación y la patrona de un tío mío, desengañada de este Madrid. Mi tío se nos reunió á última hora en calidad de esqueleto, y la patrona se presentó como la *mujer-perra* y obtuvo un gran éxito.

—Del mal el menos.

—Pero á los quince días nos mandó el gobernador que saliésemos inmediatamente de Cuenca, porque decían que olíamos muy mal y estábamos infectando la atmósfera.

—Y ahora, ¿qué hace usted?

—Ahora acabo de llegar de Trujillo, donde ha habido una liquidación de fieras, hecha por un francés que había quebrado, y he tenido la suerte de poder comprar algunas á bajo precio.

—Vamos, así va podrá usted ir viviendo.

—No lo crea usted, porque como todas eran fieras de desecho, se me han ido muriendo por el camino, excepto una serpiente boa, ya de edad y paralítica, que me dieron por dos pesetas, y pensaba presentarla en el Circo Hipódromo, porque, entre otras habilidades, poseía el francés, aunque con acento valenciano, porque la mujer del domador que me la vendió era de Gandía.

—Bueno, y ¿qué?—le dije con mal humor, para ver si me dejaba en paz.

—Nada, que tampoco he podido presentarme con ella en el

Circo, porque en ninguna casa de huéspedes me admitían con la serpiente; la llevaba arrollada al cuerpo, á modo de faja, y cuando me dieron la noticia de la caída de Sagasta, la pobrecita se me murió de repente.

—¿Qué? ¿Lo conocía?—le pregunté.

—No, la serpiente no; pero yo, como esperaba que Sagasta me colocase, al recibir la noticia me quedé frío de pronto, y, naturalmente, la boa, que iba alrededor de mi cuerpo, falta del calor á que estaba acostumbrada, se heló poco á poco.

—¿Y qué hizo usted con ella?

—Pues nada: entre los compañeros que habían estado conmigo en Cuenca y un jefe que tuve en Contribuciones nos la comimos hace ocho días.

Otras veces, el *ser desgraciado* se nos aparece en un bosquecillo del Retiro ó en un banco de los que rodean al estanque.

Viene acompañado de su mujer y de cinco ó seis criaturitas que da lástima verlas.

—Siento molestar á usted, caballero, pero la necesidad....

Esta suele ser la introducción. Á la que la esposa añade alguna que otra frase por este estilo:

—Sí, señor; aquí donde usted nos ve, somos de Jadraque, sino que éste es muy corto de genio y no sabe abrirse camino.

Y al mismo tiempo, el padre y los cinco *jaitaquitos* se sientan casi encima del interpelado.

—Mire usted, caballero—dice el jefe de la familia,—yo me he dedicado á todo, pero sin fruto.

—No le extrañe á usted que éste se espontanee—dice ella,—porque en cuanto le vió á usted me dijo: "Aniceta, ese caballero debe de tener sentimientos."

—Sí que los tengo, gracias á Dios.

—Y por eso nos hemos acercado á usted, que ya estábamos resueltos á tirarnos al estanque en cuanto anochebiese.

—Pero, señora, ¿tan desgraciada es usted?

—Más lo es éste—dice ella señalando á su marido.—Aquí donde usted le ve, es de muy buena familia, y con una disposición para el teatro que asusta.

—¿Sí, eh?

—En Castrojeriz ha hecho la *Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo* con un éxito bárbaro. Bastó decirle á usted que la escena de la muerte en la cruz tenía que repetirla cinco ó seis veces todas las noches, porque eran tales las patadas, saltos y contorsiones que daba en la agonía, que en sus últimos momentos siempre se venía al suelo, con cruz y todo, y cada vez rompía una, ó la desbarataba por completo.

—Como usted lo oye—añade el marido muy gravemente.—Y tanto es así, que yo mismo salía á la escena con seis ó siete cruces á prevención, y en cuanto rompía una, ésta, que era la Virgen Santísima, y un primo mío, que á la sazón era judío y ahora está en consumos, me cogían y me clavaban en un *santián* en otra cruz, la ponían derecha, y yo vuelta á espirar y á romper cruces, hasta que se acababan ó caía el telón.

—Y, sin embargo—continúa la esposa.—todo esto lo saben Mario y Vico, y no quieren contratarle, porque ellos no se atreven á hacer otro tanto!

—¿Pues ya lo creo! Y ahora, ¿qué hacen ustedes?

—Ahora.... ¡morirnos de hambre, si no nos da usted dos reales para tomar un café!

Y á veces se los da uno, para quitárselos de encima, y se queda uno sin tomar café, para que ellos lo tomen.

CONSTANTINO GIL.



Saclo de la contaduría de un teatro por horas:

«Ha sido admitida por la empresa una zarzuela en un acto, letra de dos conocidos actores, música de un reputado compositor español.»

«Español? ¡Caramba! Eso era de suponer.»

Aunque, mire usted, no está de más la advertencia.

A lo mejor se encuentra uno con que á esas piezas les ponen música los franceses.

Y escribe el correspondiente de un periódico, haciendo el extracto de un discurso pronunciado en el Congreso católico de Zaragoza:

«Dice el prelado que la victoria no siempre es obra de los más, sino producto de la discusión, del azar y otras causas, como lo atestiguan las batallas de Salamina, Alcazar, Tarifa, Poitiers y otras muchas.»

Pues señor.... no caigo en cuál de esas victorias sería producto de la discusión.

Parece que alguien le atribuya al Sr. Cánovas una opinión concreta sobre el asunto pelipante del poder temporal del Papa.

La *Correspondencia* le niega, y añade:

«Sobre este asunto, las opiniones más recientemente emitidas y las más concretas....»

(Fíjense ustedes, porque esto es importante. Se trata de las relaciones de España é Italia.)

«...y las más concretas fueron las del Marqués de la Vega de Armijo....»

(¡Fuera! ¡Taro más de una! Pero siga usted, que estamos locos de ansiedad.)

«...expuestas poco antes de ocupar el Ministerio de Estado....»

(Buena, sí, pero ¿cuáles fueron?)

«...durante la última situación fusionista....»

(¡Dale! ¿A que no acabamos?)

«...en una Memoria que leyó á la Academia de Ciencias Morales y Políticas....»

(¡Vaya! Esto es desesperante.)

«...y en la cual dijo el exministro de Estado....»

(¡Gracias á Dios! ¿Qué? ¿qué dijo?)

«...Que las cuestiones aquellas de Italia y el Pontificado afectaban por igual á todas las potencias católicas.»

(¡Toma! Pues para decir eso nada más, lo mismo le hubiera dado al señor marqués de la Vega de Armijo no haber abierto la boca.

Leo en un anuncio de espectáculos:

«*Frontón de la puerta de Toledo*.—Gran partido de pelota á las cuatro y media de la tarde, en el que tomará parte el célebre Arrieta contra León Arrate.»

¿El célebre Arrieta? ¡Vamos, sí, el autor de *Marina*! Porque hasta ahora es el único Arrieta célebre.

Pero ¿quién podría sospechar que le había dado por jugar á la pelota!

Después del toque de ranchito

preguntó el alférez Cuesta

á un recluta:—¿Qué han tocado?

Y éste dijo:—¡La corneta!

—Sé muy cauta con los hombres,

porque el amor es incendio.

—No importa, soy precavida,

y tengo un novio bombero!

MIGUEL PORTOLÉS.

Libros:

Almanaque de la Biblioteca inocente, colección de cuentos, epigramas, todo pícaro y animado, y *Reflexiones antes de tiempo*, novelita que forma el tomo IX de la misma Biblioteca. Precio de cada folleto: 50 céntimos.

Historia de España escrita por varios académicos de la de la Historia, editada por El Progreso Editorial. Se han publicado los cuadernos 10 y 11.

Catálogo de los almatenes de El Siglo de Barcelona. Temporada de invierno de 1890-91.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. J. M.—Se publicará el romance

por lo chistoso del lance.

Una malagueña.... y na más.—Poquita cosa y vulgar por añadidura.

Sr. D. J. O.—¿Caramba! Y eso de los besos se lo dedica usted á una señorita? Aunque sea un sueño, es un sueño fuerte. ¡Ah! No se dice ya *despierto*, sino *despierto*.

P. You.—¿Que no le he contestado á usted nunca! Pues es de agradecer, porque de esos versos no se puede decir más que *perterras*.

Caimán.—Envíe usted la firma para publicar algunas casillas de esas.

Mustafá.—«Oh, infeliz pescador

sólo el nombre me espanta.

Uno un día se levanta

y muere ¡Qué horror!»

Eso decimos todos: ¡Qué horror de coplas!

Baribol.... etc.—Es inocente

sencillamente....

Y no llame usted *verso* á una composición hecha y derecha.

Sr. D. J. A. B.—¡Lástima que el asunto sea igual al de anos versos publicados aquí mismo! ¿No se acuerda usted?

K. P. Tó.—Lo de la flor, el hortelano y el garrotazo del hortelano es de un candor primitivo. Digo, á mí me lo parece.

H. H.—No tiene usted más que renovar la suscripción á contar desde la fecha en que venció, y se servirá á vuelta de correo los números atrasados.

Pero Grulla.—Hombre, como corregir.... todas podemos corregirnos en este mundo si no nos sorprende la parca fiera.

Chispín.—¿Qué largo plamea usted para un asunto de tan poca monta!

Pelicano.—Mire usted, *duro* y *duro* no son consonantes. Y no se dice *duro*, sino *cabida*. Ya sabe usted dos cosas más.

Felisa.—Vaya, menos mal que tiene usted gana de bromar. Así no le entran á nadie viruelas.

Y nada más. Queda un montón de cartas á las cuales es imposible contestar por falta de espacio, de tiempo y de todo. ¡Dispensen ustedes, señores!

AMABILIDAD



—Vive aquí la Srta. D.^a Amparo López?
No, señor; pero da lo mismo. Pase usted, si quiera.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 26.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VISETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primera izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIA

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELBADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DGS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.